

Entrevista con Martha Nubia Bello¹

Tatjana Louis / Universidad de los Andes

Martha Nubia Bello es investigadora del Centro Nacional de Memoria Histórica y directora del Museo Nacional de la Memoria, que es un museo futuro y presente a la vez. Futuro, porque el lugar y su exhibición aún no existen; presente, porque los trabajos de memoria que los preceden están en plena negociación. La siguiente es una conversación sobre memoria, pasado y sociedad.

El primer tema que me gustaría conocer un poco más, es saber cómo usted llegó al tema de la memoria.

Entré por el tema de los derechos humanos. Yo soy trabajadora social, soy politóloga y por mi trabajo me acerqué a comunidades desplazadas desde la década del 80, comunidades que llegaban a Altos de Cazucá, Ciudad Bolívar, en las márgenes de Bogotá. Ahí desarrollaba prácticas académicas con mis estudiantes. Fuimos desarrollando una línea que iba más en tratar de entender los impactos psicosociales del conflicto armado. ¿Cómo está transformando? ¿Cómo se está modificando la vida de la gente a partir de los hechos de violencia? Entender también las diferencias, ¿qué pasa cuando llega una persona que es afrodescendiente, cuándo es una mujer, cuándo llega población discapacitada? Esas fueron las preguntas que nos acercaron en primer lugar y desde luego en el tema psicosocial. Aunque tú no lo nomines como un ejercicio de memoria, tú lo que estás haciendo con las personas siempre es un ejercicio de memoria, si estás revisando con las personas. Porque en la perspectiva psicosocial se trata de mirar y revisar cómo las experiencias vividas han afectado su presente, cómo han afectado su identidad, sus proyectos de vida, y de esa manera también como están transformando su perspectiva de futuro. Entonces, siempre que tú estás hablando de una perspectiva psicosocial, estás mirando esa relación entre presente, pasado y futuro, entre identidades transformadas o afectadas por el conflicto. Tal vez no es explícito el término “memoria” en ese trabajo, pero si había siempre un ejercicio de trabajo de memoria individual y colectiva. Posteriormente, por mi trabajo en la universidad, teníamos un convenio con la Red de Seguridad Social y en el 2002 se produce la masacre de Bojayá. Nosotros como universidad fuimos llamados porque teníamos un convenio vigente, a acercarnos a la comunidad a evaluar el impacto que había causado esa masacre, para proponer a partir de esa lectura de impacto y de daños un programa. En ese entonces no se hablaba de reparación, pero sí de intervención y acompañamiento a la comunidad. Esa llegada a Bojayá transformó muchísimas cosas en mi

vida académica y personal. Estuvimos trabajando allí por varios años y posteriormente cuando se formó el grupo de Memoria Histórica en el 2007, Bojayá iba a ser uno de los casos emblemáticos, a partir de los cuales se iba a analizar el conflicto en Colombia. Por mi experiencia en Bojayá entré a hacer parte del grupo de Memoria Histórica. Mi participación en el grupo se hacía por dos razones, por el conocimiento del caso de Bojayá, por la relación con la comunidad, pero también, justamente por la necesidad de hacer una lectura psicosocial al tema de la memoria. Es decir, en qué medida hacer memoria puede contribuir a tratar los impactos de la guerra, pero en qué medida hacer memoria también puede resultar en un ejercicio dañino desde la perspectiva de afianzar el daño en las personas, en las comunidades. Entonces, en ese momento era tratar de acompañar al Centro² en una propuesta, que en lo posible evitara que nuestros ejercicios, que en ese entonces tenían sobre todo una perspectiva académica de esclarecimiento, generaran daños, revictimizaciones, retraumatizaciones. Pero también aprovechar en el mejor sentido de la palabra toda la potencia que tiene un ejercicio de memoria en la posibilidad de transformar, elaborar duelos pendientes, transformar concepciones de identidades y demás. Entonces, ese es un poco la relación y mi camino de llegada ante la memoria.

¿Usted diría que el ejercicio de la memoria también es un ejercicio terapéutico, en ese sentido?

Sin duda, porque la memoria tiene un potencial reparador, sanador, pero también tiene peligros. Por eso es que hay que ser muy consciente de una lectura de esas posibilidades, yo diría, emancipadoras, porque desde la memoria se hace un análisis crítico del pasado. Eso es lo que hacen las víctimas individual y colectivamente: Revisar críticamente su pasado, y al revisar críticamente el pasado no solamente se cuentan hechos, sino también se revisan, se transforman incluso discursos, se desmontan justificaciones, culpabilizaciones. En ese ejercicio de memoria y el poder emancipador, se puede transformar el lugar en la relación víctima-victimario, que puede ser bastante dolorosa y bastante traumática. Generalmente después de un hecho de violencia, no solo el victimario se ha encargado de remarcar la culpa de la víctima – te hago esto porque te lo mereces. Muchas veces la misma comunidad o sociedad también señala, desconfía. Entonces lo que se genera es una culpa profunda en la víctima, también un interrogarse ella misma, ¿qué hice? ¿Por qué estaba aquí? En los relatos cuando yo empecé a

escribir sobre esto, yo escuchaba que las víctimas decían: “Por haber hablado demasiado, por haber estado en el lugar donde no debía, por haberle brindado un vaso de agua, por no haber estado allí en ese momento, esto ocurrió por lo que yo hice o yo deje de hacer”. Ahí, el victimario está exento de la responsabilidad. No es lo que él hizo, que él violó un derecho humano, que él me afectó en mi condición de vida, sino que hice yo para que me hubiera sucedido, desde una perspectiva supremamente culpabilizadora. El ejercicio de memoria permite cambiar ese lugar. Esto no me debió haber pasado, esto no tiene justificación alguna y ese cambiar el lugar que permite no sólo una posición de autoincriminarse, sino de indignación. Esa postura de indignación es supremamente importante para que la víctima se sienta vulnerada y reclame un derecho. Entonces ahí está ese poder, también de decir lo no dicho. Eso también pasa en los ejercicios de memoria, poder reconocer emociones profundamente reprimidas, poder validar sus propias emociones, porque hay emociones muy sancionadas socialmente. Las personas tienen a toda costa que decir que perdonan, que ya pasó todo. Decir que siente odio, que siente rabia está mal visto. Entonces ese proceso de memoria desde la perspectiva psicosocial también permite expresar, validar esas emociones, en no verlas como extraordinarias porque cuando se hace el ejercicio colectivo, eso que yo estoy sintiendo también lo sintió otro. No es que yo sea una loca o yo sea una resentida, no, esto le pasa a otros y eso genera un profundo sentimiento sanador por llamarlo de alguna manera, nombrar lo que no se puede nombrar. Entonces sí, es ser escuchado con respeto que es una cosa tan elemental, pero a veces tan ausente en la vida de las víctimas. El ejercicio de memoria pasa por eso también, por una escucha respetuosa de la historia del otro, porque tú no cuestionas, no juzgas a este otro, sino que juzgas lo que debe ser juzgado, que es la responsabilidad criminal. Entonces, es ahí donde creo que la memoria tiene un carácter terapéutico. Diría que no hay proceso psicosocial que no acuda a un ejercicio de memoria como un análisis crítico del pasado, que pueda situarnos en la relación tan terriblemente inequitativa, desigual y arbitraria en que ha sido puesta la víctima.

Yo soy alemana y por eso tengo una vista un poco exterior a lo que está pasando aquí en Colombia. He tenido la oportunidad de poder observarlo desde los últimos 10-15 años y tuve la experiencia que al principio si uno hablaba de memoria y de la necesidad de memoria había un rechazo: “Nosotros no hablamos del pasado”. ¿Usted ha sentido algo así al principio de su trabajo y especialmente con las víctimas?

Sí, evidentemente. Recuerdo particularmente un trabajo que hicimos en Montes de María y en la zona del Caribe que dio como resultado “Mujeres y Guerra en la Costa Caribe” que coordinó María Emma Wills en esa época. En varios de los talleres iniciábamos los trabajos preguntándoles, consultándoles, si están de acuerdo y decíamos esa pregunta ¿por qué hacer memoria? ¿Para qué hacer memoria? Eran preguntas de entrada. ¿Sirve hacer memoria? ¿En qué

condiciones vamos a hacer memoria? Ese era el ejercicio previo antes de lanzarnos a hacer ya el ejercicio como tal. En muchas ocasiones, sobre todo mujeres nos decían: “No entendemos por qué ustedes quieren hacernos recordar cosas que nosotros queremos olvidar. Llevamos años intentando olvidar atrocidades que nos pasaron, para qué vamos a hacer ejercicios de memoria”. Eso es una postura absolutamente cierta y respetable, pero lo cierto es que cuando se empezaba, la gente se sumaba, porque el olvido no es algo que se decreta conscientemente. Cuando uno dice “voy a olvidar”, está recordando justamente, cuando uno dice que no quiere recordar, está recordando. Entonces, ahí hay una forma de autoimponer – yo me impongo el olvido porque me duele mucho. Pero tal vez, un sano olvido precisa un camino de recuerdo, de poder colocar las cosas en su lugar para ahora si tratar de dejar eso en lo que uno llamaría ‘el sano olvido’, porque el olvido literalmente no existe. Uno lo puede trasladar a su vida cotidiana aquellas cosas que uno dice: “de eso no quiero olvidarme”. Las historias familiares... siempre hay algo, y el que no se hable no quiere decir que se olvide, el que no se tramite, no quiere decir que se olvide. Entonces eso sucede con las víctimas, que finalmente algunas desde luego, por lo doloroso y lo traumático, no participaron en esos ejercicios. Pero generalmente, uno ve que la gente, con toda la reserva, iba encontrando también que ese ejercicio no es simplemente recordar hechos atroces, que eso no es la memoria. Sí, yo creo que hay una cierta tendencia a pensar que cuando vamos a hacer memoria, vamos a hablar solo de hechos atroces, y desde luego nadie quiere invocar la atrocidad. Pero el ejercicio de memoria es mucho más que eso; incluso a veces se hacía memoria sin que tuviésemos que describir y volver a hablar de la masacre, de la violación. Sino de la circunstancia, de las condiciones que hicieron posibles que ocurriera lo que ocurrió, de lo que transformó la vida de la persona, sin que tenga que estar aludiendo a un relato que es supremamente doloroso. Diría que también hay cierta oposición o resistencia a hacer memoria porque la gente sabe que hacer memoria puede dar lugar a desentrañar conflictos que no siempre se han tramitado entre las comunidades. Eso nos ocurrió en muchos lugares. Hacer memoria trae problemas de seguridad, entonces mejor callamos porque esto nos hace visible y nos vuelve a convertir en mira de acciones armadas. A veces el ejercicio de memoria significa señalamientos de cosas que se han mantenido quietas para evitar los conflictos. Pero en las comunidades tal vez lo más sano sea asumir los conflictos, asumirlos de una manera respetuosa y no intentar taparlos, porque a la postre, eso se sigue manifestando como desconfianza, se sigue manifestando como tensiones. En muchos casos, nosotros veíamos que había una cierta resistencia a hacer memoria. “Mejor no lo hagamos porque vamos a tener problemas.” Creo que es el principal problema en Colombia de hacer memoria en medio del conflicto con los actores armados merodeando, con los cómplices a veces participantes de organismos de las propias instituciones encargados de juzgar. Entonces, considero que en este país hay mucho por decir, muchísimo, y que todavía el miedo

implica una reserva grande que seguramente en unos años cuando haya otras condiciones, muchas cosas vamos a saber que todavía no se han podido decir.

En ese ejercicio de hacer memoria las víctimas son un grupo central, pero el reconocimiento de las víctimas depende también de que haya otro grupo que escucha, que esté abierto a entender esas historias de las víctimas como algo propio incluso cuando no lo vivía. ¿Dónde ve usted a la sociedad colombiana en ese panorama?

Yo sí creo que el ejercicio de memoria tiene valor por sí mismo, como un ejercicio de las víctimas. Pero es incompleto, pierde potencial transformador y las víctimas en muchos casos nos decían: “Hacemos memoria, para que otros sepan, para que el país sepa.” Porque es parte del dolor, es parte de la indignación que muchos experimentan y esto que sucedió aquí: El país no lo sabe, no lo reconoce, no lo admite. Hacer memoria se vuelve como un reto, incluso a veces doloroso, pero necesario para que la sociedad se entere. No solamente para que la comunidad, o los hijos – porque también están esas preocupaciones particulares de los mayores, en que ojalá los hijos sepan y recojan esto. Que la sociedad lo sepa y la sociedad se entere, que la sociedad lo condene, no simplemente que lo sepa por saberlo, sino que la sociedad emita un juicio también, a partir de eso que escucha, eso que sabe, se incomode un poco. Lo decíamos en algún momento, es que cuando aquí tú entrevistas a gente en la capital, en las ciudades, y te dicen: “¿Guerra, cuándo, dónde?” Entonces, incomódate un poquito que sí hay guerra, incomódate un poquito, que aquí no hay una democracia. Incomódate un poquito que tu vida también puede estar en riesgo; incomódate un poquito porque tus derechos no pueden realizarse a costa de los otros. Tú no puedes sentirte que estás en una sociedad plena si los derechos son de unos poco y no de todos. Entonces, ese interpele a otro. Ese término lo empleamos mucho aquí en el Centro, porque es una palabra muy significativa en términos de lo que es memoria: Para que la sociedad se interpele, no solamente el victimario, el perpetrador, sino para que la sociedad se haga preguntas ¿Oye, en qué país estoy viviendo? ¿Por qué vivo como vivo y otros viven como viven? ¿Cuál es el país que le queda a los hijos? En fin... digamos es un cuestionamiento para la sociedad. Hay desde luego una deuda enorme. Yo creo que hay todavía en este país muy poca apropiación social de la memoria. Creo que hay un ejercicio muy interesante con mucho esfuerzo de las víctimas de recoger sus memorias, pero la sociedad todavía no las ha escuchado, no las ha procesado. Llegan como testimonios sueltos por los medios de comunicación, deshilvanados, descontextualizados. Los ejercicios de la memoria de las víctimas no han afectado los currículos escolares, no han transformado el sistema educativo. Creo que ahí es donde está el reto enorme en este proceso que esperamos sean los tiempos del posconflicto, de cómo todo ese pasado se vuelve una fuente de enseñanza para esta sociedad. No es el tema de la memoria para exaltar los odios, las venganzas, para quedarnos contemplando el horror, no. Es la memoria necesaria para entender el país

en el que hemos vivido, para entender las injusticias, para entender las estructuras sociales y políticas, para tener también clara la dimensión de la transformación que requiere el país, la vulnerabilidad del país si esas transformaciones no se dan. No puede estar celebrando el proceso de paz ingenuamente, si no se adelantan los procesos de cambio que requiere el país. Entonces, yo pienso que el potencial de la memoria es sobre todo señalarle al país, a la sociedad, las transformaciones urgentes para que eso que pasó no vuelva a suceder. No es como la frase hueca y vacía: “Para que nunca más vuelva a pasar” Sí, para que nunca más vuelva a pasar, usted tiene que entender qué es lo que hay que transformar. Es ahí donde la memoria puede jugar un papel muy específico, muy pedagógico. Pero el trabajo está por hacerse. Es difícil generar apropiación social sin medios de comunicación que te apoyen en ese trabajo. Es difícil si tú también no dejas de pensar el ejercicio de memoria como un ejercicio meramente académico e intelectual, si tú no lo vuelcas en otro lenguaje, si no apelas a las artes, si no apelas a lo que la gente escucha, a lo que la gente ve, historias más sencillas que un texto de 500 páginas. Creo que ahí es donde está el reto enorme de eso que tú dices, el otro lado del que escucha y del que debe hacer algo con eso que escucha.

El papel de la pedagogía y de la educación es central.

Está realmente por hacerse. Se han hecho cositas importantes, valiosas, pero el trabajo pedagógico está por hacerse. No vamos a poderlo hacer si no hay unas decisiones de política pública claras, por ejemplo, transformar los currículos. Aquí no se enseña historia. Es inaudito, pero no se enseña historia. Yo he revisado currículos y me pongo a mirar cómo es que cuentan historias complejas de una manera tan simple, cómo hechos tan complejos son contados en un párrafo sin una mayor problematización. Creo que eso pasa por ahí, pero también el punto en una perspectiva más amplia del Ministerio de Educación, el mundo de la cultura, de los medios de comunicación. Ese es un ejercicio que requiere un esfuerzo supremamente grande.

Ahí se entraría un poco a las políticas del pasado, que en teoría se implementan a través de panoramas de justicia transicional. Yo veo que en varios casos de justicia transicional y de políticas del pasado ya existe una idea relativamente clara que es lo que se debería hacer. Pero también veo que hay que adaptar esa lista a las condiciones de un lugar determinado. Si uno ve la Ley de Víctimas por ejemplo y los decretos que dicen: vamos a hacer tal cosa, el museo, el día conmemorativo... Es cumplir con unas ideas que uno tiene sobre políticas del pasado, pero, ¿hasta qué punto realmente está atado al caso colombiano, para que la gente entienda que es algo que debe venir desde el corazón de la sociedad?

Yo creo que son medidas insuficientes, pero son valiosas. No es suficiente, insisto. Te voy a poner ejemplos: Los familiares de víctimas de desaparición forzada. Ellos no solamente han sufrido los impactos de un crimen tan atroz, sino que siempre han sido de las víctimas más

invisibilizadas, más cuestionadas, más estigmatizadas. Eso agrega un dolor impresionante y no solamente un dolor, sino un menoscabo de su calidad de vida, que no pueden siquiera intentar asumir una vida en una comunidad en que se les respete. Su lucha, su reclamo, no está exento de amenazas, persecuciones. Ellos siempre denunciaban el desequilibrio que se observaba entre el lugar que ocupaba el ser puesto en la prensa nacional, en las movilizaciones sociales, en los medios, y el lugar de la desaparición forzada donde estaba. Ellos decían, somos víctimas de una doble desaparición, del crimen de la desaparición y de desaparecer el tema en la sociedad. Es como si no existiera. Eso no tiene un impacto solamente en el sentir de la gente, sino también en la propia impunidad, porque si el tema no se pone, si el tema no es central, pues la impunidad puede lograr su cometido allí. Yo empecé a observar en las víctimas... o no observar, ellas lo dijeron explícitamente. Hace tres años en el día de las víctimas de desaparición forzada se presentaron unos informes. Decían: Es la primera vez que estamos en un acto público con representantes del Estado colombiano. En ese entonces fue el Ministro de Justicia, el Fiscal General de la Nación. Entonces sentir por primera vez después de tantos años, que estamos en un evento público, en que el Estado asume una responsabilidad, pide unas excusas... eso tiene un valor enorme. Yo no lo subestimo. Es parte de su lucha. Su lucha no solamente es por reencontrar a sus familias, sino porque esto se reconozca públicamente, porque si no se reconoce públicamente es muy probable que esto siga pasando también. Entonces, parte de su lucha es que se diga, que se sepa, que se condene, no solamente en el estrado judicial, sino que se condene públicamente. Haber instituido estas fechas, haber ordenado que se hagan estas conmemoraciones es parte de esa lucha. No es una dádiva que el Estado hace. Es la lucha de los familiares para que se nombre, que se haga, que se diga. Entonces uno entiende que ahí hay un sentido muy importante de este tipo de acciones concretas de las políticas de la memoria. Siempre lo hemos dicho: “Las víctimas han hecho memoria desde mucho tiempo atrás, sin que eso lo llamen memoria”. Pero también reconocer que es un derecho, que tenemos derecho a hacer memoria, que tenemos derecho a exigirle al Estado condiciones para hacer memoria. Las víctimas reclaman su derecho a hacer memoria, como el derecho a que la sociedad sepa; el derecho a señalar públicamente, a interpelar. Si yo le pregunto a cualquier ciudadano, incluso universitario, ¿tú sabes que es el 9 de abril en la Ley de Víctimas? Ni idea. ¿Sabes cuándo se conmemora el día de desaparición forzada? Ni idea. ¿Qué pasa el 25 de noviembre? No ¿Qué pasa el 30 de agosto? Ni idea. Eso todavía no logra lo que debe lograr. Todavía falta un camino. El hecho de pensar en medidas como placas conmemorativas, monumentos, museos, yo creo que van apuntándole un poco a eso. Sé que estas vienen de otro contexto, pero uno se pregunta como ciudadano en Bogotá, ¿cómo es posible que aquí hubiese pasado lo que pasó en el 48? ¿Dónde encuentras una marca? Que tú camines la esquina donde mataron a Gaitán y se volvió la esquina de McDonalds para los jóvenes. Nos

dicen: “Nos vemos en la 13, donde está el McDonalds”. En mi generación aún se alcanzaba a decir ‘la esquina donde mataron a Gaitán’, pero pasó a ser la esquina de McDonalds. Marcar, nombrar tiene un sentido para la sociedad: Aquí pasó una violencia brutal y ¿no dejó una marca, no dejó una señal, no dejó absolutamente nada? No es suficiente, pero es parte de las acciones que tienen que realizarse y el museo va en esa perspectiva. Este es un museo³ absolutamente sui generis. Tal vez es el único museo que se ordena en una Ley de Víctimas. Muchos museos salieron después de las comisiones de la verdad, o por iniciativa presidencial. La Ley de Víctimas es una ley que dice que se debe hacer un Museo de la Memoria como una medida que contribuya a la reparación simbólica de las víctimas, pero también como una medida que le permita al Estado cumplir con su deber de memoria y en esa forma aportar a que la sociedad comprenda. Son los dos propósitos. Un espacio pensado para las víctimas, para que ellas se reconozcan sus historias, sus voces, sus propuestas, su lenguaje, sus memoriales. Que una víctima sienta: “Allá hay una parte de mi vida contada, reconocida. La sociedad puede saber lo que me pasó. Se hace un reclamo en la forma que yo lo quiero decir. La sociedad puede reconocer las maneras en que nosotros hemos venido haciendo memoria.” Nunca hemos pensado que este es un museo de arte, que son básicamente artistas haciendo obras con los testimonios de las víctimas. Algo de eso podrá haber, pero son fundamentalmente las maneras en que las víctimas quieren contar, y como lo han contado lo que podría estar allá. Ellas han estado muy pendientes, qué es lo que van a decir en ese museo, cómo van a participar en ese museo, cómo se van a recoger sus historias en ese museo. Entonces eso, por un lado, pero también está la otra pática del mandato que dice, apórtale a la sociedad elementos comprensibles sobre lo que pasó. Ahí estamos tratando de equilibrar esos dos mandatos, con un principio que tenemos muy claro aquí en el Centro y es que no va a haber una historia. Yo siempre he dicho que en algún lado muy vistoso debería haber un letrero que diga: Bienvenido al desacuerdo, que tú entiendas que vas a entrar a un lugar donde tenemos versiones distintas, que parte de nuestra tragedia como país; que el hecho de tener posiciones distintas nos ha hecho víctimas, nos ha metido en esta guerra. Pensar distinto, opinar distinto, leer el pasado distinto, y que desde luego hay lecturas del pasado que tú no puedes admitir, pero que tienes que admitir. Aquí vamos a seguir por mucho tiempo entendiendo las causas de este conflicto por a, b, c razón, pensando que la responsabilidad de este es mayor, que la del otro no es. Esos debates seguirán, esos debates siempre estarán. Yo creo que un museo como lo concebimos acá es un escenario ideal para que tú generes unas condiciones para que puedas reconocer que hay unas maneras de pensar, posturas y entendimientos, que tú tienes que saber por qué, preguntarte, discutir en un escenario respetuoso. Eso es básicamente lo que estamos pensando en ese museo. ¿Entonces allá todo el mundo puede ir a contar lo que quiera? No, tampoco. No puede ir a contar cada uno lo que quiere, porque no vas a poder contar cosas que justifiquen la violación de derechos humanos. Allá no puede haber un

lugar donde tú puedas decir: “Es que tenían que matarlos porque era...” No puedes tener un lugar que permita que la gente niegue lo que está aprobado judicialmente, lo que está aprobado por la historia de las víctimas. No puedes ir a decir allá que no hubo desaparecidos en el Palacio de Justicia, cuando hay unas sentencias internacionales y nacionales que dicen que sí las hubo y cuando hay unas víctimas que dicen: “No he encontrado el cuerpo de mi familiar”. No todo vale, pero el que no todo valga no quiere decir que no vamos a tener un espacio lleno de historias que incluso se pueden contradecir y se pueden poner en tensión.

Es un desafío bien grande, porque un museo también tiene una autoridad bastante grande. La gente va al museo y cree que lo que se muestra ahí es la verdad. Entonces ese acercamiento de intentar mantener las diferentes narrativas me parece un ejercicio admirable.

Es difícil, lo cual no quiere decir que tú no tengas que mostrar lo que es irrefutable. Hay cosas que simplemente no puedes dejar de decir, porque ocurrieron. Nosotros no somos jueces, pero hubo jueces. Hubo procesos judiciales. Entonces... es una exigencia de las víctimas. Ustedes tienen que decir que aquí alguien hizo algo, eso no es cuestión de interpretación o de perspectiva o de postura. Eso pasó y si el museo no va a decir lo que pasó, no nos sirve como medio reparador. Eso es clarísimo en la reivindicación de las víctimas, pero nosotros decimos: “No vamos a ser jueces”. El museo no es un escenario para juzgar como lo hace un estrado judicial. Es sobre todo un lugar para reflexionar y para hacerse preguntas, más que para que tú encuentres las respuestas. Ahí hay un equilibrio muy complejo, en que tú tienes que contar lo que pasó, porque lo que pasó pasó, pero no puedes convertir el museo en un escenario de juicios morales solamente. Porque si encuentras ese escenario, muy probablemente no te haces una pregunta a ti mismo. Si a ti te dicen: “Este fue el victimario y este lo hizo”, tú solo dices: “Qué malo fue, hasta luego.” Dónde está el lugar para que tú te preguntes: “Yo dónde estaba, yo que pienso, yo que hubiera hecho.” Entonces si tú ofreces unas verdades, si señalas, acusas pues eso pedagógicamente creemos que no le aporta mucho a la sociedad.

¿Las versiones de los victimarios van a encontrar un lugar ahí?

Esa ha sido una pregunta. Sí la creemos necesaria, por dos razones: Porque a veces esas versiones de los victimarios cuentan cosas que, de no ser por ellos, no sabríamos y que son necesarias para entender lo que pasó. Porque también esas versiones de los victimarios muestran, te dan elementos para condenar la guerra. Si no ves eso, puede decir que la guerra no fue tan terrible. Pero a veces se necesita el testimonio, porque a la víctima no se le cree. Cuando te dice el victimario “yo hice” la gente lo cree. Cuando hacíamos los informes, cuando escuchábamos las versiones de los victimarios, escuchábamos y decíamos “no, no esto no puede ser cierto”, cuando nos describían las escuelas para descuartizar, para torturar. Esto parecía sacado de un cuento

de horror y necesitamos llegar a escucharlos a ellos, para poder ir a describir en realidad lo que fue el horror y la crudeza de esta guerra. No porque queramos que el museo sea una descripción del horror. Tal vez eso es una cosa que Alemania enseña mucho. Muchos nos han advertido que el horror tampoco debe ensangrentar las paredes del museo, pero tú sí tienes una dimensión de lo que pasó, que solo a través de ellos lo puedes poner. También porque es necesario, nosotros decimos que el museo tiene que ser un espacio de humanización de todos, incluidos los victimarios. No para justificar sus actos, pero para entender, para comprender quién es este personaje que hizo esto, pues ese personaje pude haber sido yo.

Muchas veces tampoco es tan claro que uno fue victimario y el otro la víctima.

Mucho más en este país. Yo me encontré con muchas historias de chicos que estaban en grupos paramilitares que eran hijos de desplazados. Eran los hijos de los desplazados que habían llegado desplazados a una ciudad y ahora eran reclutados por paramilitares. Pero esta cadena, ¿dónde empezó? Fueron padres que fueron obligados a salir de sus tierras, que lo perdieron todo. Sus hijos llegan a un grupo que van a expropiar a otro en unos círculos; ni que decir de los niños que fueron reclutados forzosamente. Aquí hay muchas cosas que no es lo clásico de una dictadura militar, donde tú dices, fueron estos y estos. Aquí hay muchos nexos muy difíciles, muchas historias muy complejas, donde no es tan fácil que tú digas víctima y victimario, y emitas juicios

Ahora que mencionó el ejemplo de Alemania, que tiene bastante experiencia en trabajos de la memoria, vemos que especialmente en este momento aquí en Colombia hay muchos otros países que intentan comprometerse, en apoyar ese proceso. ¿Dónde ve, o cómo ve el papel de otros países o las experiencias de otros países en ese proceso?

En particular en la tarea del museo ha sido muy importante la experiencia de los otros países, incluso cuando nosotros comenzamos a formular el programa arquitectónico. Empezamos a mirar los museos. Tuvimos la suerte que la cooperación nos permitió, nos apoyó estos intercambios, conocer experiencias de Alemania, Berlín, la Topografía del Terror, el Museo Judío, los memoriales, los distintos lugares, en Núremberg conocer el museo. Pero también conocimos en París, el Memorial de la Shoa, el Museo de la Inmigración. Conocimos mucho la experiencia latinoamericana, Chile, Perú, Argentina, México. En Estados Unidos, conocimos el Museo del Holocausto, el Museo Afroamericano que estaba en proceso de construcción en ese momento, el Indio Americano⁴, en Canadá el Museo de los Derechos Humanos de Winnipeg. Y claro, están los propios de Colombia: la Casa de la Memoria de Medellín, el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, los propios museos, el Museo Nacional. Siempre nos acercábamos con la pregunta, qué hicieron bien y qué hicieron mal, desde lo arquitectónico hasta sus exposiciones, colecciones, administraciones. ¿Qué falla aquí?, ¿Qué es lo que ustedes sienten? ¿Qué es lo mejor

que funciona aquí? Fue muy interesante conocer hasta la cocina de los museos, mirar dónde guardan las colecciones, qué pasa allí. ¿Qué espacio les quedó pequeño? ¿Qué dice la gente frente a su exposición? ¿Qué transformarían hoy? ¿Qué sienten que les quedó por fuera? Fue un diálogo de casi dos años, que cuando nosotros llegamos a formular bases del concurso arquitectónico, nos sentíamos muy seguros. Aquí no vamos a tener problemas de la luz, ni problemas de las conexiones debajo de la tierra. Más complejo es el tema de los mensajes del museo, su museografía, su guion museológico, cómo participan las víctimas, las tensiones que hay. También conocimos el Museo del 11 de septiembre de Nueva York, con todo lo que eso lo interpela a uno. Entonces, conocer esas experiencias para mí ha sido una maravilla. Yo creo que nos permite recoger un acumulado de aciertos y desaciertos. Eso no nos exige que nosotros no vamos a cometer nuestros propios errores, pero por lo menos sabemos que hay cosas que no vamos hacer. No haríamos porque no funciona, o cosas que son dignas de hacer como lo hicieron allí. Creo que ha sido muy interesante ese diálogo, gente que lleva muchos años en museos y que generosamente nos han compartido. Yo creo que eso es muy positivo en términos de que las experiencias son para eso. Incluso en Alemania yo estuve en discusiones que se están haciendo ahora que me parecen supremamente interesantes, como si es necesario un código ético que regule la manipulación museológica en los museos. Uno no se hace esas preguntas acá. Interesante porque ustedes tienen una experiencia larga, un acumulado que les permite contar con información: esto sí, esto no, sin que tampoco haya acuerdos totales. El tema de la pedagogía como se lo están pensando hoy, las nuevas tecnologías. Estos museos se hicieron en épocas en que los jóvenes no tenían estos aparatos. ¿Qué pasa ahora cuando los jóvenes entran con esto a un museo? ¿Cómo esto los ha ido transformando? Yo sentí que en el caso de Francia y Alemania que hay muchas preguntas que están clamando por la transformación del concepto. Hay ciertas cosas que se quieren mantener, hay muchas que no. Yo recuerdo mucho un caso, en que no me acuerdo del apellido, la señora nos decía: “Muchas veces me he preguntado si cuando la gente entra aquí, no se va con la idea que uno quiere, la idea de que esto nunca más vuelva pasar, sino que la gente diga ‘yo nunca más voy a volver a entrar’.” No quisiéramos que pase esto, porque nosotros nos hemos imaginado el museo acá no como un lugar que la gente va y hace una visita y ya. Sino como un espacio donde uno siempre encuentra cosas, donde puede aprender, donde puede socializar. Es como un gran escenario cultural, no es solamente una plataforma de exhibición, sino es un escenario al que yo quiero volver, porque hay debate, porque hay teatro, porque hay arte, porque hay música, porque hay encuentros, porque hay conmemoraciones. Los museos se instituyeron mucho sobre la idea de un lugar que exhibe y colecciona, que creo que ha hecho crisis y eso lo hemos aprendido también de los ejercicios autocríticos que hace la gente en los distintos lugares. Es ahí donde creo que la experiencia internacional es muy válida, supremamente válida, aleccionadora, no en el sentido de que vamos a

hacer aquí lo que hicieron allá, sino de que tienes cosas que aprender de lo que se hizo allá.

Están pensando un museo participativo, un museo que realmente cumpla una función dentro de la sociedad y no solamente sea espacio de exhibición.

Sí, cuando hicimos el programa arquitectónico para abrir las bases del concurso, nosotros decíamos: el museo tiene que cumplir por lo menos cinco funciones: una va a ser la exhibición. ¿Cuántas salas permanentes y cuántas temporales? Nosotros vamos a hacer un relato, pero seguramente cuando la Comisión de la Verdad termine su trabajo habrá que replantear el guión. Decíamos, una sala seguramente con una apuesta de guión hecho por nosotros y unas salas prestadas para que las comunidades de las regiones traigan sus exposiciones y las monten acá. Que un tiempo esté dedicado a pensarse los Montes de María o la gente en Tumaco. Unas salas a las que también puedan venir los colegas con sus exposiciones de Chile, Perú, Guatemala y nos permitan mirarnos en relación con otros países del mundo, pero la exhibición es una cosa. Además, debe ser un lugar de archivos, el archivo de derechos humanos va ir allí. Pero también un gran centro de documentación y consulta, que tú puedas ir a investigar, que allí encuentres los archivos. También la biblioteca sobre el conflicto, los videos que se han producido del conflicto, que te puedas sentar, analizar, que las víctimas que busquen archivos también encuentren. Un lugar de consulta, que pueda estar abierta desde un estudiante de doctorado hasta un estudiante de escuela, que se va a sentar a buscar lo que quiere saber del conflicto y que va a encontrar recursos distintos. Pensábamos en un lugar de creación. Se pidieron varias salas donde la gente pueda hacer cosas, talleres del cuerpo, talleres de producción audiovisual, talleres teatrales. Porque esa es una demanda altísima de las víctimas. Las víctimas siguen haciendo memoria y la siguen haciendo de esta manera. Salones para el tejido y el bordado, que la memoria se siga construyendo. Pensamos como un lugar de debate académico, entonces tiene unas aulas, unas salas múltiples, unos auditorios, porque nos imaginamos que siempre habrá debate académico, político, que ahí se tiene que debatir cosas de este país, cosas de derechos humanos, que ahí siempre la gente encuentre una programación de debate académico. Que sea también un lugar de programación cultural, porque la memoria aquí está hecha, aquí hay un repertorio de cine, teatro, música, impresionante. Tú haces el inventario de documentales de la guerra en Colombia y tienes una cosa impresionante, la producción artística-musical. Pensamos que el museo debe ser el escenario donde esas maneras de la memoria encuentren un lugar. Que venga el Teatro por la Paz de Tumaco, que vengan los jóvenes del Teatro La Gotera de San Carlos a presentar su obra acá. Y los artistas también, que se han puesto al servicio un poco de estos temas, como un lugar de programación artística permanente. También un lugar de duelo, que tu tengas la posibilidad de recogimiento, de ritual, de conmemorar. Imaginamos un lugar donde la gente pueda conmemorar las fechas significativas, que invite a la sociedad a conmemorar.

Entonces todos estos usos están pensados para ese museo. Me lo imagino como un museo con afluencia escolar, hemos pensado en buses escolares llegando con los chicos, proponiéndoles alternativas pedagógicas. Pensamos mucho en los espacios de taller. Allí los maestros lleguen y no solo lleven a los niños a desfilar por una exposición, sino que encuentren una actividad pedagógica que puedan hacer. Pensamos mucho en un museo familiar, un espacio donde las familias pueden ir, ya no solo los maestros, sino las familias pueden ir y encontrar allá algo que hacer, además de visitar una exhibición. Así está formulado el plan, así está formulado el programa, el programa del museo, eso es lo que queremos y es lo que estamos trabajando ahora para tratar de hacerlo realidad.

¿Para cuándo es?

Eso está sujeto a varias cosas. El proceso del museo se atraviesa con el proceso de la negociación. El museo queda en los acuerdos de La Habana y muy seguramente en estas decisiones que se están tomando en este momento frente a la nueva institucionalidad para el posconflicto algo se decidirá con respecto al museo. Entonces ahí hay un nivel de incertidumbre para nosotros que se va a resolver en muy poco tiempo. Entra por fast-track también, entonces seguramente ahí nos precisaran cuál va a ser el lugar del museo y cuál va a ser su relación con la Comisión de la Verdad, y no solamente con la Comisión de la Verdad, sino con el Sistema Integral de Verdad, Justicia y Reparación. Eso, por un lado, y ya por el otro lado, está el museo dentro de la Ley de Víctimas. Nosotros aspiraríamos a iniciar la construcción del museo a principios del año entrante y tener el museo terminado en el 2020. Estamos trabajando para que así sea. La planeación va así, ya se hicieron todos los estudios técnicos, se estudiaron los terrenos. Para esta obra hay una cantidad de cosas que la gente no ve, que hay que hacer estudios de movilidad, de impacto ambiental, de redes, de titularidad de predios; que hay que solicitar un plan de implementación, una curaduría, todo eso es lo que vamos a terminar este año. Con eso terminado tenemos licencia de construcción aprobada y con licencia de construcción aprobada se abre licitación para empezar la obra. Vamos bien, digamos en todos esos términos. Aspiraríamos que, si nos asignan el presupuesto este año, como creemos que va a suceder, el museo se empieza construir el año entrante. Queremos hacer una cosa muy importante: Estamos aspirando a hacer una inauguración parcial el año entrante para poder dejar abierto un pequeño centro de documentación que vaya

también dándole un poco de uso a ese espacio y posicionar ese espacio para la sociedad. Va a haber un museo, pero ya hay un pequeño centro de documentación. Si todo va bien pensaríamos que para julio del año entrante haríamos esa inauguración. Es muy pequeñito. El museo va a tener más o menos un metraje de 8000 1000 metros cuadrados, pero el centro de documentación escasamente tendría 400 metros. Es lo que aspiramos dejar el próximo año si nos cumplen con los presupuestos. Mientras también estamos trabajando muy duro en la construcción del guión que es otra discusión. Qué es lo que se va a decir, cómo lo va a decir. Hemos avanzado mucho, estamos muy contentos con lo que hemos logrado avanzar. Al principio, no veíamos la luz, es muy difícil de contar. Empezamos por los mensajes: Tratar de consensuar cuáles son los mensajes que quieres poner allá. Después de más de un año de discutir llegamos a siete mensajes. Después de los mensajes dijimos los hitos: Cuáles son esas cosas de la historia de este conflicto que no puedes dejar de contar, lo irrefutable. Vieras la gran cantidad de hitos, no se puede dejar de contar lo que pasó con la Unión Patriótica, no puedes dejar de contar de la masacre de... no puedes dejar de hablar de tal grupo... El listado de lo que no puedes dejar de contar es una cosa impresionante, que hay cincuenta años. Ahí vamos depurando esto y mirando otras maneras de contar, que no sea todo por la exhibición, sino por otros recursos. Después pasamos cómo lo vas a contar y ahí llegamos a determinar los ejes narrativos, cuales son los ejes a partir de los cuales vas a narrar. Ya terminamos en narrativos. Vamos a hacer una primera exposición el año entrante sin museo, la vamos a exponer en la Feria internacional del Libro en un gran pabellón. Es como poner por primera vez públicamente nuestra primera aproximación al guión, en una muestra porque no podemos esperar hasta tener museo. Esto significaría que nuestra primera exposición estaría en el 2021. Vamos a hacer una exposición, incluso nos permitirá experimentar. Hacemos nuestra exposición en la Feria del Libro, después vamos a itinerar la muestra a la Feria del Libro de Medellín, luego al Feria del Libro de Cali, que la gente vaya reaccionando frente a esto, que la gente diga: “Ustedes dejaron esto, esto está mal tratado o esto está muy bien y nos imaginamos esta planeación.” Nosotros estamos trabajando este año, todo está hecho para tenerles la exposición el 9 de abril de año entrante, que es el día de las víctimas. Entonces vamos a tener una primera exposición sin museo que para nosotros va a ser muy importante.

Muchísimas gracias.

Notas

- 1 Entrevista realizada el 2 de marzo de 2017.
- 2 Centro Nacional de Memoria Histórica.
- 3 Museo Nacional de la Memoria.
- 4 National Museum of the American Indian en Washington.